

Antonio Pellicer Paraire

CONFERENCIAS POPULARES SOBRE SOCIOLOGÍA

SEXTA CONFERENCIA

MILITARISMO

Aplazado fue para esta conferencia el análisis del militarismo. Estudiemos, pues, tan interesante cuestión.

El militarismo es considerado por nosotros como una de las fundamentales instituciones de la presente sociedad, pues tenemos el firme convencimiento de que, al grado de cultura que hemos alcanzado, sin la poderosa organización militar, sostén material de todos los privilegios, ni la clericalia, ni la autoridad, ni la propiedad, subsistirían una hora más: el problema social sería prácticamente resuelto. Bien merece, pues, la atención del sociólogo y la de las clases obreras una institución que tiene tal mérito.

Una cualidad natural del autoritarismo es la imposición de la voluntad de quien lo ejerce. Y como quiera que la imposición excita la resistencia, por el espíritu de libertad natural, en todo ser, de ello se sigue la necesidad en que se halla la autoridad de rodearse de la fuerza suficiente para amedrentar a los individuos o a los pueblos que quiere sojuzgar, hasta el punto e que éstos se consideren impotentes para rechazar al opresor y se resignen a la completa obediencia. Siendo este raciocinio muy lógico, y por demás abonado por la historia, bien podemos deducir que el militarismo nació y se desarrolló con el autoritarismo.

Así podríamos contar de la casta militar lo mismo que hemos narrado de la casta autoritaria; pues autoridad y fuerza viven en tan estrecha alianza, que

no parecen sino un solo cuerpo. La fuerza sigue a la autoridad en todas sus evoluciones, como igualmente participa de sus triunfos y desastres: la dominación es mansa, la fuerza es poco perceptible; la dictadura es violenta, los seides del tirano no se dan punto de reposo en su atropelladora brutalidad; es el gran ambicioso que pretende avasallar el mundo; crecen las hordas devastadoras; un imperio se derrumba, sus regiones se desmoralizan y destrozan; imposible concebir un episodio cualquiera de caudillos, reyes, emperadores o jefes de Estado, sin destacarse con brillante relieve la fuerza que les acompaña, como la sombra al cuerpo. De modo, pues, que la historia militar es la historia de la historia militar es la historia de la autoridad: no pueden separarse; y cuando toquen funerals para el autoritarismo, el militarismo habrá muerto.

En el actual periodo histórico, época de transición entre el mundo bárbaro y el civilizado, entre el dominio de la fuerza y el poderío de la razón, entre la ignorancia y la ciencia, de la misma manera que el autoritarismo se disfraza con vestiduras democráticas para engañar a los pueblos, el militarismo se cubre con el manto patriótico y ostenta el escudo de la defensa del bien público. Pero esta mascarada se descubre en seguida que se trate de desprestigiar o mermar su poder: entonces la autoridad arroja bien lejos el gorro frigio y la fuerza su escudo, presentando sólo los aceros y cañones. Nunca pueden olvidar ambas instituciones su origen, su historia, su constante propósito de dominación.

El militarismo moderno ofrece ciertamente un aspecto bien original. No es como la horda atiliana, ni como la mercenaria mesnada del señor de horca y cuchillo. Es un compuesto de dos elementos completamente antagónicos: el primero, la base de la institución, es formado por el verdadero militar, el que libremente escoge la profesión de las armas para medrar con ella, del mismo modo que otro se hace cura, magistrado o diplomático, procedentes todos de las clases privilegiadas; el segundo elemento lo constituye el soldado, ciudadano arrebatado de su hogar, a quien encierran en un cuartel, le visten con la librea militar, le dan un número, le leen la ordenanza, le entregan un fusil y le convierten en máquina destructora, siempre amenazado con la frase sacramental "pasado por las armas" a la más mínima rebeldía. Y cuando la inquisición militar ha conseguido arraigar en el ciudadano-soldado la convicción de que contra ella es inútil la resistencia y obtenido la forzada resignación del presidiario, entonces se le propaga la idea de la *gran misión* que le está confiada, la defensa de la paz pública y de la patria; se procura exaltarle con narraciones bélico-heroicas; se le habla constantemente de la gloria militar; y así lógrase armonizar aparentemente los dos elementos, por naturaleza opuestos, que constituyen la fuerza de los Estados.

Para probar cuán cierto es lo que afirmamos, basta la exposición de este elocuente hecho: mientras con bullicioso regocijo se celebra en el seno de la familia del joven militar su ingreso en la milicia con los primeros galones puestos en su vistoso uniforme, y con la risueña esperanza de que en los disturbios sociales y en la guerra logre pronto el generalato, en el mísero hogar del joven soldado llora la angustiada madre la desgracia del hijo, acaso su único sostén, temerosa de que la horrible ordenanza o la bala de otro soldado le inutilicen o maten!...

¡Oh, el servicio militar obligatorio, la gran fórmula democrático-patriótica! ¡Cruel sofisma, horrendo sarcasmo lanzado a la faz del hijo del pueblo!...

El servicio militar obligatorio es un ataque al derecho individual, a la libertad del hombre, por lo mismo que se le obliga contra su voluntad y sin merecer semejante castigo. Es un ataque contra la familia, porque separa de ella al individuo más apto para el trabajo y para su sostén. Es un atentado contra la sociedad, porque se le priva de los mejores elementos para la producción, para la procreación, para el progreso humano, aumentando el número de los consumidores inútiles, alterando de este modo la buena economía social y forzando a otros menos capaces a trabajar más para mantener el militarismo con sus enormísimos gastos de pertrechos bélicos. Es una contravención a las leyes naturales, por la violenta cohibición que sufre el individuo en la mejor edad de los gozes, de la expansión, marchitando sus ilusiones y esperanzas, abandonándolo al ensimismamiento y fastidio, cayendo al falso atractivo de los vicios secretos, que atenúan y atrófan los mejores organismos, como consecuencia natural de la vida de cuartel, de la exclusión del sexo bello, de la falta de medios para la satisfacción de imprescindibles necesidades, de la excitación continua a todo lo brutal y de la completa ausencia de todo lo halagador y elevado. Todo esto, que es fundamentado en la calidad de los hechos, ¿no basta para convencer que el militarismo, lejos de ser una garantía del orden y de la libertad, es, por el contrario, un elemento altamente trastornado para el hombre, para la familia y para la sociedad?

Hay más: la institución militar es una cosa monstruosa; por una parte, subyuga atrozmente a los jóvenes más robustos y potentes, convirtiéndolos en instrumentos automáticos de los poderes que dominan y explotan la sociedad; y por otra, se vale de esos mismos hijos del pueblo para oprimir a los hombres y la sociedad entera; de este modo, el ciudadano-soldado es oprimido y opresor de los otros ciudadanos; y si éstos alguna vez no pueden resistir las gabelas impuestas y los atropellos constantes y se irritan y rebelan, los mejores de sus hijos son los encargados de ametrallarles y reducirles a silencio;

produciéndose en estos casos, muy comunes, que el hermano sacrifique al hermano, que el hijo mate a su propio padre, y tantos horrores que la humanidad contempla!... Tal es la astucia del autoritarismo; tales los efectos de la ordenanza; tal la misión del militarismo. En consecuencia, la principal causa del desorden social es el militarismo, ya que, si no subsistiese, los privilegios se guardarían muy bien de esquilmar y oprimir a los pueblos, y la paz no se alteraría.

Hay más todavía. El militarismo, como la autoridad, son una constante amenaza contra el orden social, contra el progreso, contra la civilización y la fraternidad humana, porque así el Estado, por naturaleza absorbente, como el militarismo, por su cualidad belicosa, amigo de botín y ansioso de grados, llevan la guerra a las naciones que consideran menos fuertes que la de los que la provocan, enemistado de esta suerte a pueblos que no tienen para qué odiarse, excitando la pasión al pillaje, a la crueldad, al salvajismo; y en tanto la inhumana y encarnizada lucha llena de angustias y dolor el corazón de las gentes de esos pueblos que se ven obligados al ataque o a la defensa, los tiranos y mandarines banquetean y brindan por sus presentes o futuros triunfos y rapiñas, por sus ambiciones desmedidas, encubriendo iniquidad tanta con el sofisma del *engrandecimiento y prosperidad de la patria!*... ¿Es el militarismo el guardián celoso de la paz pública, o es su peor enemigo?.

Siendo un hecho innegable que el militarismo sólo sirve los intereses de los privilegiados, contra los intereses, la tranquilidad y la libertad de los pueblos; siendo su fuerza la valla más poderosa que se opone a la evolución humana hacia su positivo bienestar, por cuanto es el sostén del Estado, de la propiedad, del clericalismo, instituciones todas ellas solidarias de la expoliación de la sociedad laboriosa, creadora de todas las riquezas; siendo todo esto verdad, claro es, como la luz del día, que no son los hombres, los ciudadanos, los pueblos, los que alteran la paz y la armonía social, justificando la necesidad de los ejércitos, sino, bien al contrario, son los ejércitos los perturbadores de la paz pública, los que producen la guerra interior y exteriormente, arruinando los pueblos, condenándolos a la esclavitud y a la miseria contra toda ley natural.

No es posible admitir hoy que la arbitrariedad reinante subsistiese sin la razón de la fuerza, porque bien poco cautivan ya a la sociedad las farsas religiosas, la hipocresía del Estado, los sofismas económicos, que no pueden ya sostenerse sino llenando la superficie de la tierra de cárceles, presidios y cañones. Es por esto que el militarismo es el último argumento y el último refugio de todos los explotadores: su excelsa y protectora divinidad. Vedles con qué delirante afán se apropian todos los inventos mortíferos; cómo amontonan materiales de guerra; con qué solicitud los guardan y vigilan,

procurando no sean arrebatados por los pueblos; observad cómo pasean por las ciudades sus legiones de defensores, para convencer a todos de su gran poder, de que hay que someterse!...

Ellos, los opresores, saben muy bien que, a pesar de todo, no basta la fuerza para lograr el quietismo y la obediencia; que es muy superior la decisión de un pueblo resuelto a conseguir su libertad. Por esto no olvidan la argucia de propagar con toda seriedad que el militarismo es la grandeza de las naciones; que los soldados no lo son del Estado, sino de la nación; que falta a los deberes de buen patriota quien no concurre a las filas; que en ellos descansa la seguridad en el interior y la respetabilidad en el exterior, y otros muchos conceptos, con objeto de que las gentes del pueblo no adviertan el engaño y soporten fácilmente el yugo militar.

Más este gran recurso oratorio va perdiendo en eficacia, a medida que los hechos instruyen a los pueblos prácticamente del reaccionarismo que informa la institución militar, de la iniquidad de la ordenanza, de los indecibles castigos en los cuarteles y en campaña, que muchos suicidios ocasionan; así como van comprendiendo que, aun dado el concepto mezquino de la patria, muy bien podría defenderse sin el militarismo, por medio de los armamentos populares – esto es, el ciudadano armado – principio consignado hasta en los programas democráticos y hecho práctico algunas veces, cuando se creía en la virtualidad del Estado liberal por y para el pueblo, pero que, más listos los privilegiados, apresuráronse a abandonar esas teorías y prácticas, y con hábiles pretextos quitaron el fusil al ciudadano para entregárselo al subordinado soldado; prueba evidentísima de que no se trata de afianzar la libertad y el bien público, sino de mantener tanto cuanto sea posible la esclavitud y la arbitrariedad. El más miope ve que para defender su casa y su pueblo y su patria y su libertad, el libre ciudadano es el más indicado para ello, ya que entonces defiende sus propios intereses, y no el soldado, que sólo es el instrumento de la tiranía, en todas épocas y en todas las naciones.

Este es, pues, el nudo gordiano de la cuestión social, y mientras no sea cortado, no se verá libre la senda del progreso.

Una vez derrumbado el brutal derecho de la fuerza, la razón triunfante hallará fácilmente la manera de hacer práctica la trilogía proclamada por la Revolución francesa: *libertad, igualdad, fraternidad*.

PROGRESO

Analizadas las principales bases en que descansa la sociedad presente – pues, fuera de ellas, las demás ruedas de una gran máquina- resultan todas negativas para la emancipación humana. Demostrado queda que se han ignorado y menospreciado las leyes naturales, y que todo ha sido organizado con tan rara violencia, que no ha podido obtenerse sino intenso malestar para todos. Mucho camino ha hecho la razón, sin embargo, para esperar el común bien. Gran cosa es ya saber que éste no podrá realizarse mientras subsistan las actuales instituciones sociales, y, en consecuencia, que se impone su cambio por otras más racionales, más lógicas, más científicas, más naturales. ¿Cuáles han de ser éstas?. Fácilmente surgen como deducciones de los temas estudiados, y de ellos nos ocuparemos en otra conferencia. Importa antes decir algo respecto de ese gran factor social que se llama *progreso*.

Progreso es todo adelanto, toda tendencia a la perfección; la marcha constante de las generaciones humanas, por la cual van obteniendo más ilustración, más libertades, más goces. Todo conocimiento más ilustración, más libertades, más goces. Todo conocimiento adquirido es un progreso realizado; y asimismo el desvanecimiento de errores sufridos hasta el momento de aquella adquisición. Una verdad sabida es manantial de muchas otras verdades, y a la vez ariete destructor de gran número de preocupaciones. Así, sucesivamente, se ha formado la sabiduría humana, por la cual, aplicada a la vida individual y colectiva, ha podido el hombre desde la animalidad pura elevarse al rango del ser más consciente, caminando hacia la realización del estado social más posiblemente perfecto. Este evolucionamiento constituye, pues, *la ley natural del progreso*.

Como ley natural que es, ciertamente es incontrastable; ella llegará a la efectividad de las grandes concepciones, de los sublimes ideales que la envuelven como luminosa aureola, cuyos brillantes fulgores arroban los corazones que palpitan por la justicia, y son para los que sufren consoladora esperanza.

Pero las montañas que han fabricado la ignorancia y la arbitrariedad en toda la redondez de la tierra, proyectan sombras inmensísimas, que no puede iluminar el progreso. Es necesario el esfuerzo y la labor de todos los buenos para derrumbarlas, a fin de que la hermosa luz penetre en todos los lugares.

Las fuerzas que se oponen al progreso, y por tanto al bienestar de los pueblos, son los intereses creados y la ignorancia; en otros términos: el espíritu de dominación en unos y la inconsciencia de las masas. Sin esto, hace tiempo que viviríamos en el mejor de los mundos. Büchner dice muy bien,

afirmando que: “si las fuerzas enemigas del progreso no hallasen un apoyo tan importante y poderoso en la indolencia e inmovilidad de las grandes masas, sin duda que, desde hace mucho tiempo, otro estado de cosas hubiera substituido al actual”. Esa inmovilidad no la produce más que la ignorancia. ¡Ved si saben las clases privilegiadas lo que hacen en mantener inexperta y preocupada a la multitud, cuando en su quietismo fundan su poder; y considerado cuán grande es la necesidad de popularizar la ciencia constantemente!.

La historia demuestra que el descubrimiento de una verdad, que la corrección de un error, ha costado grandes esfuerzos, energías individuales de mucha potencia. Pero una vez enseñada esa verdad, para bien de todos, parece que lo lógico sería que la sociedad entera se apresurase a poseerla y admitirla, elevándose hasta aquél grado de progreso; y, sin embargo, sucede lo contrario con la masa, que, ya por su falta de preparación, o porque sus aptitudes y energías se hallan como aletargadas por la obra de la tiranía y de la explotación, se resiste a creer cuanto se sale del rutinarismo, trastornándole cualquier novedad, sobre todo –como buen ignorante- si ataca sus quimeras y preocupaciones, y acoge perfectamente la propaganda de sus explotadores, que no cesan de decir que toda reforma y todo reformador no pueden causar más que la ruina de sus dioses, de sus creencias y afecciones. Así logran los tiranos verse aplaudidos persiguen y descuartizan al valeroso campeón de la libertad; cuando excomulgan y encarcelan y sacrifican a todo el que se atreve a leer un solo escrito que contenga algún emancipador pensamiento. Y lo que en los tiempos del oscurantismo ha sucedido, acaece también hoy en la posible efectividad que es dable. Que cada uno haga memoria, y se le ofrecerán en todas partes leyes de excepción, procedimientos especiales, supresión de garantías, persecuciones, martirios, y aun muertes, aplicados contra los que se atreven a hablar alto contra toda injusticia; y además, el inmenso trabajo de propaganda que efectúan todos los órganos de las clases privilegiadas para desprestigiar y metamorfosear las doctrinas que no les convienen, contando con el asentimiento de esa masa, que tan ligero préstase para procesiones, paradas y mojigandas elegiacas para sus señores, y que tan pronto suele irritarse contra los abnegados que aspiran a su emancipación, cual si atacasen sus intereses, que no tiene.

De este rápido bosquejo histórico se deduce que el progreso no se efectúa sino por el poderoso esfuerzo individual, cuya voluntad y decisión son superiores a las crueldades de arriba y a las cobardías de abajo. Estudiando los movimientos políticos o sociales de todos los pueblos, se llega al pleno convencimiento de que todas las grandes conquistas del progreso han sido realizadas por algunos hombres, por una minoría de individualidades. La masa

indolente ha pasado de una situación a otra de mala gana, sin haber hecho nada. Ha aceptado los hechos consumados por la fuerza, y con predisposición de apoyar mejor a la reacción, si es briosa. Y ello explica esas reacciones fáciles que se operan tras revoluciones al parecer bien consolidadas: los viejos privilegios y la masa forman una fuerza capaz de derribar la revolución triunfante; pero también las revoluciones crean intereses y despiertan a muchos, y un segundo movimiento es decisivo para los liberales y aplastador para los reaccionarios, cumpliéndose la ley del progreso.

Estas enseñanzas de la historia no son para olvidadas. Deben meditar en ellas cuantos no se avienen con la pasividad del esclavo, y aspiran a que la emancipación humana sea un hecho.

Además, debe tenerse bien en cuenta que en la idea reside toda la fuerza. Es el cerebro el factor decisivo. La fuerza material nunca ha sido nada ante la idea. Convenced a las gentes, y no habrá poder capaz de dominarlas. Pues si la idea es la fuerza suprema, propaguemos incesantemente y el triunfo coronará nuestros esfuerzos. Por lo demás, no está tan lejano el gran día. La evolución se efectúa, a pesar de todos los obstáculos; la decide el progreso; la impone la necesidad y la historia; la tiene resuelta la Ciencia. Si el progreso es una ley natural, como los hechos lo demuestran; si es cierto, como lo es, que ninguna revolución se pierde -pues toda reacción es transitoria y efímera- debe cumplirse la aspiración consagrada por la gran epopeya del 93, y no puede aceptarse el siglo que fenece más que por el siglo de transición y preparación para la más o menos próxima efectividad de aquella aspiración. Todos los grandes cambios sociales han necesitado gran número de años para solidarse; y un siglo es en el tiempo apenas un segundo.

Abarcando al conjunto de los hechos sociales, se observa que la marcha progresiva de la humanidad presenta esas ondulaciones obligadas por la constante lucha de lo existente con el porvenir, de lo viejo con lo nuevo, acabando por triunfar lo nuevo, precisamente porque lo viejo tienen en su contra la experiencia, la realidad, y no puede ocultar sus defectos, y lo nuevo es siempre inmaculado hasta su practicidad, pero con la ventaja de reunir la enseñanza del pasado con la aspiración a la perfectibilidad. En ello está el éxito y la característica del progreso. Por eso triunfa, aun con relativas pocas fuerzas, de las formidables enemigas que tan desesperadamente se le oponen. Por esto, ni la argucia de las clases privilegiadas, ni todo el poder militar, ni la ignorancia de las masas, podrán impedir que, como siempre, una minoría de individualidades, compuesta de lo más sano y de lo más inteligente de la sociedad, logre vencer al coloso reaccionario.

Si del conjunto histórico descendemos a la particularización de un determinado período, olvidando las leyes sociológicas, interesados todos en

las peripecias de la continua lucha, que en cierto modo nos impide pensar en el pasado y vislumbrar el porvenir, la vacilación, la incertidumbre, el constante variar de táctica y de medios, las impacencias de unos, las exageraciones de otros, todo ello parece como que se ha perdido la brújula y que la más grande insensatez se ha apoderado de los hombres; y, sin embargo, todo ello es natural y fructífero; pues así como el constante movimiento produce las bellas formas y sorprendentes efectos de la Naturaleza, de la misma manera en la sociedad humana esa especie de torbellino de voluntades que se agita incesantemente prepara los entendimientos para la nueva evolución y determina al fin la reunión de los elementos, la buena inteligencia de esas minorías valiosas suficientemente aptas para interesar a su causa a una parte de la masa bastante a contrarrestar las fuerzas contrarias y vencerlas e implantar el nuevo orden de cosas que constituye la aspiración de los amantes del progreso.

Teniendo en cuenta todo esto, es poco menos que inútil disertar acerca de los mejores medios para lograr cuanto antes la realización de nuestros emancipadores propósitos.

Trabajo, movimiento, ciencia. He aquí todo lo que se necesita.

Bien impuestos de la decisiva potencia de la ley del progreso, sólo nos resta examinar cuáles son los fundamentos en que ha de asentarse el nuevo edificio social más conforme con la Naturaleza y la Ciencia y que mejor garantice el bienestar humano, lo que constituirá la tercera y última parte de nuestro trabajo, que dejaremos para otro día.